

2 de Febrero de 2025 - Presentación del Señor (C)

Para leer las lecturas, mira: [aquí](#).

Homilía de Padre Sirba:

Hoy celebramos la Fiesta de la Presentación del Señor y esta fiesta está llena de rico simbolismo. Se celebra desde la antigüedad, al menos desde el siglo IV en Jerusalén. Desde esa ciudad su observancia se extendió a Roma y luego a toda la Iglesia.

Debido a los muchos temas asociados con esta fiesta, a la Iglesia le tomó mucho tiempo decidirse por un nombre. En diversas ocasiones se le ha llamado "La Purificación", "Encuentro de su Salvador", "Candelaria", y el nombre que usamos hoy, "La Presentación del Señor". Cada uno de estos nombres resalta un tema o punto particular relacionado con esta fiesta.

Por eso, cuando llamamos a esta Fiesta "Presentación del Señor", nuestra atención se centra en el papel de nuestro Señor Jesucristo. Consideramos al niño divino que fue presentado en el Templo según el mandato de la ley mosaica. Estos decretos están detallados en el Libro de Números y en el Libro del Éxodo.

Fue allí donde el Señor le dijo a Moisés:

"Conságrame todo primogénito; Todos los primogénitos de los hijos de Israel son míos, tanto de hombre como de animales. ... todo hijo primogénito será rescatado (Éxodo 13:2, 13)."

Entonces para cumplir la ley de Dios, la Santísima Virgen María y San José acudieron al templo a redimir a su hijo primogénito.

Cuando esta fiesta fue llamada "la Purificación de la Santísima Virgen María", nuestra atención se centró en el papel de nuestra bendita señora. El nombre de esta fiesta se inspiró en las primeras líneas del Santo Evangelio de hoy, a saber,

"Transcurrido el tiempo de la purificación de María, según la ley de Moisés"

Estas palabras se refieren a un decreto de Moisés que se encuentra en el Libro de Levítico (Levítico 12:2-8). Ese decreto exigía que 40 días después del nacimiento de su hijo varón, toda mujer debía someterse a una ceremonia religiosa de purificación. Para esta ceremonia, debía proporcionar un cordero de un año como holocausto o (si no puede pagar) un par de tórtolas o un par de pichónes como ofrenda por el pecado.

Esto explica el sacrificio al que se refiere el evangelio de hoy. No fue un sacrificio por la redención de Nuestro Señor, que fue el primogénito de María. Más bien, fue una ofrenda y un sacrificio por la purificación de Nuestra Señora después del nacimiento de su hijo.

Por cierto, aquí hay algo interesante sobre esta fiesta. Siempre se celebra 40 días después de Navidad, el 2 de febrero. Así, en el año eclesiástico tenemos entre la Navidad y la Presentación el mismo intervalo de tiempo que hubo entre el nacimiento de Jesús y la purificación de la Virgen, es decir, 40 días. De esta manera se traza la vida de Cristo en el año eclesiástico.

Un tercer nombre que se le da a esta fiesta es "Encuentro de su Salvador". Este título se utiliza en las Iglesias orientales donde esta fiesta recibe el nombre griego, Ὑπαπαντή (Hupapante). Este título recuerda el encuentro de Jesús y María con el santo varón Simeón. En un sentido místico, Simeón representa a toda la raza humana cuando nos encontramos con nuestro Señor en el Templo por primera vez.

Simeón había anhelado ver al Mesías, y cuando lo hizo, cuando sostuvo al Niño Jesús en sus brazos, bendijo a Dios y pronunció su famosa oración:

"Señor, ya puedes dejar morir en paz a tu siervo, según lo que me habías prometido, porque mis ojos han visto a tu Salvador, al que has preparado para bien de todos los pueblos; luz que alumbra a las naciones y gloria de tu pueblo, Israel."

Entonces Simeón habló estas palabras a María:

"Este niño ha sido puesto para ruina y resurgimiento de muchos en Israel, como signo que provocará contradicción, para que queden al descubierto los pensamientos de todos los corazones. Y a ti, una espada te atravesará el alma."

Estas son palabras muy misteriosas. En parte, la Iglesia ha entendido que se refieren a los sufrimientos que nuestra Señora sufriría al ver a su amado Hijo sufrir y morir en la cruz por nuestros pecados.

Hay otro nombre para esta fiesta y ese nombre es "Candelaria". Simeón dijo que Jesús sería,

"... luz que alumbra a las naciones y gloria de tu pueblo [de Dios], Israel".

La luz siempre ha estado asociada a Cristo y a la vida sobrenatural de la gracia. Las velas simbolizan a Cristo que es la luz del mundo, por eso hoy bendecimos velas tanto para uso litúrgico como para nuestro propio uso en el hogar.

Jesús, la luz del mundo está simbolizada por la llama de la vela. Fue esta luz la que María presentó en el Templo. Eso explica por qué bendecimos velas en este día.

Es interesante que el nombre "Candelaria" (en Inglés - Candle **mas**) provenga de Inglaterra. Se remonta a la época en que Inglaterra era un país católico, la época anterior a la Reforma. El nombre Candelaria (en Inglés - Candle **mas**) es similar a los nombres Navidad (en Inglés - Christmas) o Miguel (en Inglés - Michael**mas**). Cada uno de estos nombres apunta al tema de la Santa Misa celebrada ese día. Entonces, el Día de la Candelaria es ese día en el que se bendicen las velas en la misa.

Por otra parte, me gustaría recordarles que todos deben tener una vela bendita en su casa y encenderla cuando estén rezando o en momentos de peligro como tormentas o problemas familiares. Además, se debe encender una vela bendita cuando el sacerdote lleva la Sagrada Comunión a los enfermos o cuando viene a dar los últimos ritos. En ningún hogar debería faltar una vela bendita.

Entre todos los temas e ideas que subyacen a nuestra fiesta de hoy, quisiera llamar vuestra atención sobre uno en particular: el tema de la humildad. Estamos llamados a ser humildes. De hecho, Jesús dijo que si no nos volvemos como niños pequeños, no entraremos en el reino de los cielos (Mt 18,3).

Santo Tomás dice que la virtud de la humildad implica el conocimiento de las propias limitaciones y, además, el reconocimiento de que algunas cosas están más allá de nuestras capacidades. Considere cómo aquellos en el Santo Evangelio de hoy no sólo reconocen su humildad, sino que, en el caso de Jesús y María, eligen mantener oculta su grandeza.

Sin duda, San José se sintió humillado al no poder costear un cordero de un año para el holocausto. En cambio, tuvo que comprar un par de palomas como sustituto. Vivir en la pobreza suele ser humillante. Hay que pedir ayuda. Para ir a los estantes de alimentos. Para conseguir ropa usada en tiendas de segunda mano. Sin embargo, la humildad también nos ayuda a darnos cuenta de que dependemos de Dios para todo.

Consideremos también al fiel y santo Simeón, que no deseaba nada más en la vida que ver el consuelo de Israel, el Mesías. Una vez que vio al Señor, oró,
"Señor, ya puedes dejar morir en paz a tu siervo".

Simeón no deseaba grandes cosas en este mundo. No deseaba fama ni fortuna. Su único deseo era ver a Dios.

También en el evangelio de hoy se hace mención de la santa y devota sierva del Señor, Ana. Ella era viuda. Ella estaba constantemente en el Templo adorando, ayunando y orando. Sin duda pocos le prestaron atención, pero el Señor no se reveló a los grandes y poderosos; en cambio, el Señor se reveló a ella. El Evangelio dice que cuando vio al niño Jesús:

"Ana se acercó en aquel momento, dando gracias a Dios y hablando del niño a todos los que aguardaban la liberación de Israel".

Luego está María. Ella cumplió humildemente las leyes de la purificación a pesar de su total pureza. Ella fue la virgen purísima, tanto antes como después del nacimiento de Cristo. Sin embargo, ella se sometió humildemente a la ley.

Finalmente, está el Niño Jesús que fue y es Dios, autor mismo de la ley a la que Él mismo se sometió. Ciertamente no necesitaba ningún rescate. Como Dios, Él fue el Creador de todas las cosas, pero con humildad y como ejemplo para nosotros, se sometió a Su propia ley y, en última instancia, incluso a la muerte en la Cruz. Algo muy por debajo de Su dignidad como Dios.

Entonces, al considerar estos ejemplos de humildad, no pretendamos ser más grandes de lo que somos. En lugar de llamar la atención sobre nosotros mismos, miremos los ejemplos de Simeón, Ana, San José, la Santísima Virgen María y, sobre todo, a Jesús. Todos ellos mucho más dignos a los ojos de Dios que nosotros. Sin embargo, no ansiaban atención ni reconocimiento. En cambio, se humillaron y, al hacerlo, fueron exaltados. Vayamos y hagamos lo mismo. Amén.